

★
TELEVISIÓN

Esta es una aproximación a dos capítulos de la serie televisiva *La dimensión desconocida*, llamados "El efecto placebo" y "No todos los hombres", a propósito de su trama apocalíptica. Se aborda el miedo a los contagios virales, sea desde la fantasía extraterrestre o a partir de una mirada hacia la violencia de género.

CONTAGIOS del FUTURO en *The Twilight Zone*

★ ELTON HONORES*

* Profesor del Departamento de Arte de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.



Una de las series de televisión más influyentes en la cultura popular es, sin duda, *The Twilight Zone* (en adelante TTZ), creada por el escritor y guionista Rod Serling (1924-1975) y que se transmitió por la cadena norteamericana CBS entre 1959 y 1964 en cinco temporadas. Esta primera etapa compuesta por 156 episodios autoconclusivos —principalmente con guiones del propio Serling, Richard Matheson y Charles Beaumont— es considerada como la etapa clásica de esta serie que con el tiempo se ha transformado en un programa de culto.

Serling creó TTZ por la necesidad de materializar sus guiones con crítica social que estaban siendo rechazados por los productores debido a cuestiones políticas. Como sostuvo Serling: “Si las cosas no pueden ser dichas por un republicano o un demócrata, pueden ser dichas por un marciano” (Sterling, citado por Aguilar García, 2006). La ciencia ficción y lo fantástico encubren en TTZ una serie de temas sociales derivados de la Guerra Fría, como la amenaza nuclear y el miedo hacia una tercera guerra mundial; o propios del capitalismo norteamericano como el racismo y la violencia, además de la paranoia y la alienación, la discriminación y la xenofobia. Es así que la expresión “TTZ” es metonimia de otro espacio, un mundo alterno parecido al nuestro pero con un elemento anómalo e imposible, propio de las pesadillas, en el que el individuo entra en conflicto con esa realidad que lo disuelve, en otras palabras “un mundo paralelo relacionado con la actividad onírica, un mundo de viajes en el tiempo, de trasvase de límites, de visitas a otros planetas, de segundas oportunidades, de mundos agorafóbicos o claustrofóbicos” (Font, 2009).

El éxito de la serie se basa en esta combinación del discurso social encubierto o revestido de ficción fantástica, así como por los finales desconcertantes, junto con la advertencia del propio Serling. Como sostiene Lluís Vilanova (2016): “En *La dimensión desconocida* abundan las historias protagonizadas por tipos corrientes, narradas en un tiempo presente, en las que el elemento extraordinario aparece a menudo de forma abrupta, sin justificación, lo que convulsiona la existencia del protagonista violentamente” (p. 171).

Dado el éxito de la serie, ha habido intentos de actualizarla en décadas posteriores, pero sin alcanzar el prestigio de la emisión original. Así, tenemos una segunda etapa (1985-1987) —con tres temporadas— que contó con directores de la talla de Wes Craven, Joe Dante, William Friedkin, Atom Egoyan, Peter Medak; y en algunos de los guiones con George R. R. Martin. La tercera etapa (2002-2003) bajo la producción de Jim Rosenthal e Ira Steven Behr, este último, guionista de la serie noventa *Star Trek: Deep Space Nine* (1993-1999), tuvo solo una temporada y contó como narrador y anfitrión al actor Forest Whitaker, en reemplazo de Serling. Y la cuarta etapa (2019-2020) que tiene como uno de sus productores ejecutivos

Foto:
The Twilight Zone



a Jordan Peele, quien tuvo un auspicioso debut como director de cine con *¡Huye!* (*Get Out*, 2018), al que se sumó *Nosotros* (*Us*, 2019), ambos vinculados al terror y la ciencia ficción. Peele es también narrador y anfitrión de la serie.

El tema del apocalipsis o fin del mundo aparece con frecuencia a lo largo de las cuatro etapas de TTZ. Pero en las dos últimas se agrega la variante del contagio por un virus. Si bien la guerra bacteriológica puede rastrear desde la Primera Guerra Mundial, el miedo al contagio —en la ciencia ficción— puede observarse con claridad en las películas de zombis de los años 70 y 80 o posteriormente en *12 Monos* (*Twelve Monkeys*, 1995) de Terry Gilliam, entre muchas otras más. En TTZ el miedo al contagio se recoge en la tercera y cuarta etapa.

1. “El efecto placebo”

“El efecto placebo” (“The placebo effect”, 2002) fue dirigido por Jerry Levine y está basado en una historia de Rebecca Swanson, con guion de Brent V. Friedman, quien también fue guionista del filme *Necronomicon* (1993) con Jeffrey Combs. La historia trata sobre un personaje hipocondríaco —encarnado por Combs—, un librero, quien padece un contagio “imaginario” provocado por un libro de ciencia ficción. Por ello, acude con la doctora Coburn (Sydney Poitier) para que lo cure.

El personaje hipocondríaco, y su constante miedo a padecer una enfermedad grave, se asemeja —en otras circunstancias— al paranoico, con sus delirios de persecución o desconfianza hacia los otros. Es decir, este personaje actualiza el ambiente original de TTZ. Por contraste, la doctora encarna la racionalidad científica, que descrece de la paranoia de su paciente y que ha optado desde el principio en tratarlo mediante un placebo, es decir, cualquier sustancia que resulta efectiva para el paciente, solo si este está convencido de su poder curador. Pero cuando llega esta nueva consulta tenemos que Harry Raditch (Jeffrey Combs) padece una enfermedad imaginaria que ha sido somatizada y que, como nos enteramos luego, ha sido provocada por la lectura de una novela *pulp* de ciencia ficción, titulada *Mission to Zebulon*. Como le dice a la doctora:

- Mi virus no es de este mundo.
- ¿Su virus es del planeta Zebulon?
- No, es del libro, lea la contraportada. Está ahí.
- Esto es ridículo.

—Por favor, léala.

—“La misión a Zebulon da un giro desastroso cuando los miembros de la tripulación son atacados por un virus hostil cuyos primeros síntomas son hemorragias incontrolables y unos extraños bultos oscuros bajo la piel. Su única esperanza es encontrar un antídoto, algo que invierta el proceso, antes de que el virus destruya toda la sangre del cuerpo de sus víctimas”. Este es un virus de ficción, Harry.

—Le dije que no me creería.

Los primeros análisis de sangre no arrojan ninguna anomalía, así que no pueden determinar aún de si se trata de un virus o solo de una reacción alérgica. “Su optimismo es contagioso”, dice Harry, frase que ironiza tanto la actitud de la doctora hacia su paciente como el resultado inevitable de la enfermedad, y de lo “tóxico” que puede ser el entusiasmo permanente en tiempos de crisis. La doctora sigue creyendo que se trata de un problema que debe ser tratado desde la psiquiatría, pero la situación se agrava más: todo aquel que ha tenido contacto con Harry empieza a mostrar los mismos síntomas: ruptura del vaso en la esclerótica (capa exterior del globo del ojo), la no coagulación de la sangre, presencia de extrañas masas subcutáneas y aumento progresivo de la temperatura. A todas luces la enfermedad resulta real e incurable y no puede ser tratada como simple trastorno de la mente.

Cuando llega muerta la ayudante de Harry y la doctora muestra también los síntomas de la enfermedad imaginaria, todo el hospital es aislado y puesto en cuarentena. Se descubre que no se transmite por el aire y que es un virus de contacto, pero desconocen su origen. “La imaginación de Harry ha dado vida a este virus quizá, tal vez, lo que hay que hacer es usar su imaginación para crear la cura”, sostiene la doctora. Es así que tras leer en el diario la noticia del avistamiento de una lluvia de meteoritos, decide poner a prueba su solución. Le dice a Harry que uno de estos cayó sobre la tierra y que los residuos encontrados pueden ser un antiviral a su enfermedad.

Harry descrece lo dicho ya que sabe que un impacto de ese tipo podría provocar una glaciación en horas. Finalmente es convencido y se aplica la “cura” imaginaria. Tras unas horas los síntomas han desaparecido por completo en todos. Pero el miedo retorna en Harry:

- ¿Y si recaigo? ¿Y si aparecen nuevos síntomas?
- Todo va a ir bien, Harry.
- ¿Y el impacto del meteorito?
- Olvídese de eso, Harry, olvídalo.
- Ojalá pudiera.

Cuando la doctora se dispone a informar al mundo exterior sobre el resultado obtenido, no hay comunicación y lo que descubre al salir del hospital es que la Tierra enfrenta ahora efectos devastadores: está sumida en una glaciación producto de la caída del meteorito. “Harry lo ha hecho realidad”, dice.

Como vemos, la “vacuna” funciona en Harry, pero a veces la cura es peor que la enfermedad. El personaje retoma

poderes ya tratados en la novela *La rueda celeste* (1971) de Ursula K. Le Guin, en el que los sueños del personaje se hacen realidad. Aquí se trata de pesadillas, como en la serie original de TTZ.

Una interpretación posible de lo acontecido en “El efecto placebo” es considerar a Harry como un personaje-demiurgo capaz de hacer real sus miedos y fantasías, pero sin la confianza o conciencia plena. Es así que hizo real los síntomas del libro *Mission to Zebulon* y creyó firmemente en la caída del meteorito y en el antiviral que necesitaba. Pero esto solo provoca efectos apocalípticos en la tierra.

Ahora bien, si consideramos el espíritu de la serie original de Serling en el que el discurso social está revestido de ficción, tenemos en “El efecto placebo” un “virus” inventado que se difunde primero como ficción, y que luego las personas lo hacen real al creerlas, pero que en estricto no existe —así como el planeta Zebulon—. Pero más peligroso aún son las personas que leen, como Harry, por lo que sería mejor aislarlas del sistema, antes de que contagien a todo el planeta o lo exterminen: la imaginación es poder.

2. “No todos los hombres”

La cuarta etapa de *La dimensión desconocida* (*The Twilight Zone*, 2019) es la más polémica por una serie de razones (una de ellas, la falta de densidad psicológica de los personajes), la más clara es la inconsistencia en los desenlaces que impiden ubicar las historias en esa zona fronteriza tan frecuente en la TTZ original y en la interpretación antojadiza de Peele al final de los capítulos, al modo de moraleja y que desdice lo visto en la serie. Aun así, “No todos los hombres” (“Not all Men”, 2019) es quizá uno de los mejores episodios de esta última etapa. La idea para este capítulo pertenece a Simon Kinberg, Jordan Peele y Marco Ramfrez, fue escrita por Heather Anne Campbell y dirigida por Christina Choe. Se cuenta la historia de Annie Miller (Taissa Farmiga), una empleada de una compañía que está desarrollando un nuevo bálsamo labial médico. La joven recibe la invitación para cenar de Dylan (Luke Kirby) —el nuevo director del proyecto— y ver, además, una lluvia de meteoritos. Esa noche, un meteorito cae en su patio, Dylan lo coge. Ese contacto será clave para lo que vendrá después.

De regreso en casa y en medio de la velada, empiezan a aflorar los deseos sexuales de Dylan, pero termina siendo rechazado por Annie, una chica tímida y callada. Cuando

ella se retira ve cómo Dylan empieza a volverse loco y romper cosas de su propia casa, quizás como frustración al encuentro sexual fallido. A partir de allí, la conducta de los hombres del pueblo se torna cada vez más agresiva y violenta. En ese marco, Annie será una víctima de ese orden trastornado, pero al final su condición pasiva cambia para tomar las riendas de su propio destino.

La historia sigue parcialmente a “The Lonesome Death of Jordy Verrill” (La solitaria muerte de Jordy Verrill) de Stephen King, incluido en *Creepshow: cuentos chocantes de terror* (*Creepshow*, 1982), dirigida por George Romero, en el que un campesino entra en contacto directo con un meteorito, pero los efectos en su cuerpo generan una metamorfosis al punto de llevarlo al suicidio. En el caso de “No todos los hombres” la metamorfosis producto de la caída del meteorito solo afecta a los hombres y los hace más agresivos, sexuales y violentos. Los hombres que no son sexualmente activos (acaso ancianos) parecen ser inmunes al virus, así como las mujeres y los homosexuales pasivos, como Cole (Percy Hynes White), sobrino de Annie.

El virus que trae el meteorito se transmite no solo por contacto directo, sino también por el agua, lo que hace más difícil su control. Se trata de una reacción hormonal, que como dijimos afecta solo a los hombres y homosexuales activos. El personaje central de Annie deja de ser sumisa y obediente al discurso social machista y terminará hacia el final por enfrentarse a su propio acosador, Dylan (quien está encadenado a la piedra extraterrestre, como forma de simbolizar el lastre de la violencia que no puede reprimir y también a formas anacrónicas del “romanticismo” obsesivo, en el que la mujer es un objeto de deseo pasivo sin poder de decisión ni voluntad, como “Hello” de Lionel Richie, una canción estrenada en 1983). En ese momento de clímax, Cole, a pesar de su homosexualidad pasiva entra en un estado de violencia, pero logra controlarse. Como dice hacia el final, se trata de una elección, es decir, a pesar de ser biológicamente un hombre, elige no ser violento. Es más “evolucionado” respecto del hombre común.

En esta nueva estructura social, la mujer racional recupera su primacía (solo usa la violencia para defenderse de la agresión masculina), los homosexuales pasivos están en segundo orden (reaccionan de modo instintivo a la violencia, pero en algunos casos pueden elegir rechazarla), mientras que los hombres ocupan el lugar más bajo y degradado (sucumben ante la violencia, sin racionalizarla, sino a partir de sus pulsiones tanáticas inmanentes y permanentes). Annie ya no será un mero objeto de deseo sin nada que decir, ni dejará que la “emparejen” con alguno, ni seguirá las reglas que determinan las convenciones sociales, sino que tomará el control y será capaz de luchar y vencer a su “acosador”. Queda claro que el capítulo sigue la agenda del discurso feminista. El final desconcertante y la advertencia final de la serie TTZ original de Serling se desvirtúa con las palabras de Peele, quien explica lo acontecido como una “plaga de conciencia”, es decir, el virus, más que un efecto real de la caída del meteorito, es un pretexto del hombre violento para serlo.

3. Conclusiones

En ambos casos, la ciencia ficción de TTZ muestra dos tipos de contagios virales provocados por un elemento



externo que se presume como extra-terrestre (fuera de la Tierra), lo que hace más difícil su clasificación dentro del universo de virus conocidos. Así, hay desinformación sobre el virus y su forma de contagio. En “El efecto placebo”, el librero Harry contamina todo lo que toca, es una especie de Rey Midas inverso, que luego de haber integrado el virus y somatizarlo en su cuerpo lo devuelve al entorno a través del contacto. El virus ha sido anticipado a través de la ficción y es posible conectar su verdad con algún nivel conspirativo. Por el contrario, en “No todos los hombres” el virus “despierta” aquello que ya está incorporado a nivel genético en los hombres: la violencia. Es un virus selectivo en cuanto al género y la condición sexual activa o pasiva. La diseminación del virus en el entorno es rápida. Y revela que los hombres son de Marte y que se rigen por el dios romano de la guerra.

Asimismo, se trata de historias que concluyen con escenarios posapocalípticos. En el primero el mundo sucumbe ante una glaciación acaso irreversible que remite hacia el miedo actual al colapso ecológico y en el que solo los sobrevivientes al singular virus siguen con vida; mientras que en el segundo se abre la posibilidad de un nuevo orden

Foto:
The Twilight Zone

mundial en el que el hombre está condenado —hasta cierto punto— a su extinción producto de la violencia inmanente a su condición y que debe ser tratada y reprimida desde el punto de vista médico-químico, mientras se sugiere —en estado latente— una utopía feminista, con mujeres moral y psicológicamente superiores. ◻

Referencias

- Aguilar García J. (2006). Rod Serling, el primer habitante de “La dimensión desconocida”. *Crónica*. Recuperado de <https://www.cronica.com.mx/notas/2006/277962.html>
- Campbell, H. (escritora) y Choe Christine (directora). (2019). Not all men. En W. Anderson (productor), *The Twilight Zone*. Estados Unidos United Paramount Network.
- Font, D. (2009). En las redes del tiempo. *Formats. Revista de comunicación audiovisual*, (5), 1-7.
- Friedman, B. (escritor) y Levin, J. (director). (2002). The Placebo Effect (episodio de serie de televisión). En I. Behr (productor), *The Twilight Zone*. Estados Unidos United Paramount Network.
- Vilanova, L. (2016). En la dimensión desconocida. En S. Grau *Richard Matheson: el maestro de la paranoia*. Barcelona: Gigamseh (pp. 171-182).